

Durante la infancia me resultaba relativamente fácil imaginar cosas que no eran o que no podían ser tal y como las cosas eran entonces. Y como siguen siendo ahora. De manera similar a la pervivencia del confesor en la figura del psicoanalista, las fantasías de la infancia son capaces de subsistir durante la etapa adulta cuando se convierten en utopías. Cuando lo inverosímil no se lee desde el absurdo sino desde cierto compromiso político. Recuerdo preguntarme con frecuencia cómo sería una sociedad en la que las cosas no estuviesen hechas de antemano o por manos invisibles. De pequeños no somos tan conscientes de cómo las máquinas hacen objetos o de la cadena de producción que habitan. Imaginaba una sociedad en la que tuviésemos que fabricarnos nuestros propios muebles, por ejemplo. Una sociedad en la que nuestros muebles fuesen realmente nuestros. Una sociedad en la que el hacer prevaleciese sobre el consumir. Me preguntaba si una silla sería una silla. O si mi silla sería igual a la de mi vecino. Si una mesa o una cama podrían ser triangulares o hexagonales. Si las estanterías se verían obligadas a tener una estructura regular y estable o sus estantes podrían contradecir las leyes de la gravedad y permitir que los libros colgasen de ellos o se deslizaran en diagonal hacia arriba. En consonancia con el espíritu Tetris del momento, proyectaba también muebles modulares que no estuviesen subordinados a la línea recta y continua. Supongo que al preguntarme cómo serían estos objetos hechos por cada uno de nosotros dentro de una presunta sociedad de fabricantes DIY, lo que me estaba preguntando es si la eficacia del pragmatismo sería derrotada por la extravagancia del ingenio. ¿Podría un cambio de forma de los objetos transformar -no sólo estructuralmente- nuestra relación con la materia?

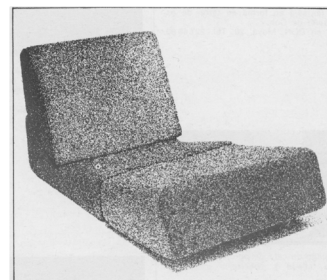


Fig. 1

Años más tarde, cuando Ikea llegó a nuestras vidas, muchos pudimos cumplir un simulacro de fabricación doméstica. Eso sí, participando de la cadena de producción como consumidores de nuestro propio ensamblaje. Muebles fragmentados para vidas fragmentarias. Muebles pasajeros para vidas en constante mudanza. A diferencia de aquellos robustos objetos de antaño, imposibles de cambiar de sitio dentro de una misma habitación, los muebles de Ikea aparecieron para interrumpir una transferencia generacional mediante objetos que pasan de padres a hijos y así sucesivamente, dejando constancia de cómo la vida de los seres humanos se agota antes que la de los objetos. ¿Cuántas vidas tiene un objeto? Los muebles de ahora apenas tienen una vida, y esta no se corresponde con la vida de sus propietarios. El sistema de relaciones entre objetos y humanos también ha cambiado: antes se definía por el tiempo, ahora se define por el espacio. Un objeto ya no condensa diferentes temporalidades, sino que concentra los diferentes escenarios de trabajo que hacen posible su producción a escala global.



Fig. 2

Podríamos pensar en el objeto como en una tentativa de orden sobre la materia. De hecho, todo objeto es una de las posibles manifestaciones de la materia. Como también es la historia de un encuentro entre diversos materiales que se desplazan para llegar a un lugar concreto. De manera similar a cómo funcionan las piezas que constituyen los muebles de Ikea, nuestra relación con los materiales parece estar predefinida por una serie de patrones combinatorios que apenas cuestionamos. Y es así como las mesas tienden a ser de madera o de materiales que intentan imitarla, dejando constancia de cómo las jerarquías humanas también afectan al entorno material. Frecuentemente hablamos de materias primas, materiales pobres, lujosos, naturales, sintéticos o de deshecho, sin preguntarnos qué es lo que opinan los propios materiales de las divisiones que hemos establecido sobre ellos. Como tampoco solemos preguntarnos cómo sería habitar una casa con muebles de goma o de poliestireno o una casa en la que los materiales eligiesen por sí mismos la forma que quieren tener y como debería ser un armario de acuerdo a sus intereses y no a los nuestros. Es más, algunos materiales sirven para proteger a otros, relegados a una posición secundaria que los convierte en basura casi en el mismo momento de su aparición en el mundo. Algunos, sin embargo, tienen la suerte de que aparezca alguien que intercambie su función inicial por otra, dotando de una segunda o tercera vida a aquello que supuestamente ha agotado su función en el mundo. De hecho, a día de hoy, ya no me pregunto tanto -o tan sólo- como sería una sociedad en la que cada uno de nosotros tuviese que construirse sus propios muebles sino una sociedad en la que nuestra relación con la materia fuese distinta. Una sociedad en la que los materiales nos hablasen como iguales, expresando sus deseos, anhelos e intenciones. Porque, quizás, al tener en cuenta las aspiraciones e intenciones de la materia, la forma de los objetos -empezando por los muebles- sería diferente.



Fig. 3

Sonia Fernández Pan

Fig 1. Anunci de Galeota, disseny de De Pas, D'Urbino, Lomaz a "Hogares Modernos" num. 74. Desembre de 1972.

Fig 2. F.Estrada, Saladrich. "Biblioteca de inicitaivas comerciales". Memorias de un comerciante catalán (vol. 10). Ed. Quiris, 1959. Barcelona.

Fig 3. F.Estrada, Saladrich. "Biblioteca de inicitaivas comerciales". Memorias de un comerciante catalán (vol. 10). Ed. Quiris, 1959. Barcelona.

